

ESCOBAR CAMACHO, JOSÉ MANUEL; VENTURA GRACIA,
MIGUEL (Coords.). *ACADÉMICOS EN EL RECUERDO 5*,
CÓRDOBA, REAL ACADEMIA DE CIENCIAS, BELLAS LETRAS
Y NOBLES ARTES, 2021, 271 PÁGS.

María Soledad Gómez Navarro
Académica Correspondiente

A caba de ver la luz el volumen quinto de la Colección *Francisco de Borja Pavón* que la Real Academia de Córdoba dedica a los Académicos fallecidos, mostrando así la bicentaria y docta institución cultural cordobesa su gratitud a quienes la sirvieron con entrega y entusiasmo a lo largo del tiempo.

Coordinado por los también académicos José Manuel Escobar Camacho y Miguel Ventura Gracia, que han sabido manejar con mano diestra las nueve aportaciones que se presentan —aunque con once autores diferentes para aquéllas, a los que se suma el director de la corporación académica con la presentación global del

texto, porque uno de los coordinadores, en concreto José Manuel Escobar, además del prólogo, magnífico anticipo, por otra parte, de esta misma glosa, también redacta una de las colaboraciones—, en él hallamos las trayectorias existenciales de siete académicos y dos académicas, datadas entre 1854 y 1952, según fechas de nacimiento de los homenajeados por orden de antigüedad. Teniendo como denominador común primordial trazar su perfil personal, como es habitual de este producto cultural, se muestran las vicisitudes vitales e intelectuales más significativas de todos ellos, ya, efec-

ACADÉMICOS
en el recuerdo

5



Coordinadores:
José Manuel Escobar Camacho
Miguel Ventura Gracia

REAL ACADEMIA DE CÓRDOBA

tivamente, invisibles —que no ausentes—, reafirmando así la obligación moral no escrita, pero fáctica, de la Real Academia, de agradecer a quienes la sirvieron; ofrecer su ejemplo a las generaciones presentes y futuras; y tenerlos siempre presentes porque «percepción, aprendizaje y memoria», constituyen «nervaduras esenciales de la sicología cognitiva», enlazando XIX y XXI, como afirma José Cosano en su prefacio; aprovechado también para reconocer el objetivo cumplido de las plumas que las han redactado, de los coordinadores que han llevado a buen puerto esta nueva entrega, y de la Diputación Provincial por su apoyo económico en la edición. Organizo su glosa según el número de quienes concurren en las distintas disciplinas de forma dominante o predominante —porque también suele abundar la polivalencia—, un criterio como otro cualquiera pero que puede ser operativo para organizar la información; de forma y manera que dos académicos frecuentaron las artes —pictórica y escultórica, Ramírez de Arellano y Gutiérrez Domínguez, respectivamente—, docencia —Camacho Padilla y Pineda Priego— y medicina —Mañas Rincón y Arjona Castro—, y uno para las materias de literatura, ejército y museística —Aguilar de Rücker, Moreno Manzano, Vicent Zaragoza, respectivamente—.

Y así, al noble arte de la pintura consagró su existencia, en efecto, Rafael Ramírez de Arellano y Díaz de Morales (1854-1921), cuya semblanza, bajo la rúbrica de «excelso pintor, escritor y cronista entre Córdoba y Toledo», traza el académico José María Palencia Cerezo en tres apartados básicos para reflejar sus orígenes; fase extracordobesa en Toledo, a cuya vida cultural colaboró intensa y profundamente, como, por ejemplo, pintando la galería de retratos de numerarios de su Academia, y el suyo propio; e historiografía más destacada que produjo. De ahí que analice la ascendencia familiar del extinto académico que tanto influyó en su destino; su formación, aspecto en el que, tras su paso por el colegio de la Asunción, repara en que Ramírez de Arellano pronto se integre en clases de pintura, primero en Córdoba y luego en Madrid, y actividad que simultaneó con su afición a la arqueología y el coleccionismo de piezas arqueológicas. El desarrollo de su carrera administrativa, en muy distintos puntos del solar andaluz y nacional —siempre con el objetivo de volver a Córdoba, deseo que, a la postre, vería truncado por su óbito en la ciudad imperial—, y donde siempre desplegó encomiable labor de inventario y estudio de monumentos y obras de arte, empezando por las tareas que llevó a cabo para los de Córdoba y provincia. Y el acopio final de una bibliografía interesante con las principales publicaciones del biografiado sobre Córdoba, Ciudad Real, o Toledo, entre otros lugares.

Al arte, aunque en este caso en su manifestación de la escultura, dedicó su vida el académico —y sacerdote— Segundo Gutiérrez Domínguez

(1932–2012), como muy bien capta el autor de su biografía, el académico Antonio Cruz Casado, cuando la subtitula «la religión, la poesía y la madera». Cuatro partes y un anexo estructuran su texto, para trazar, en primer lugar, algunos datos biográficos del padre Gutiérrez, imantados por dos constantes, «la madera y el sentimiento religioso», como indicó el asimismo académico Primo Jurado en una reflexión que le dedicó en 2008, y reflejaron bien sus más de diez mil obras esculpidas en madera «de una variedad y calidad extraordinarias», de indudable expresividad y espiritualidad, como las calificó el también académico Palencia Cerezo. Después, su faceta como poeta en la que Antonio Cruz destaca sobre todo sus versos a la Inmaculada, reflejo indudable de su acendrada devoción mariana. En tercer lugar, sus sólidas y frecuentes intervenciones en las sesiones de la Academia, y, sobre todo, en su reconocido órgano de difusión. Para cerrar con los recuerdos de su bonhomía y sencillez en quienes lo conocieron y trataron, y un interesante texto autobiográfico, a modo de apéndice final, que adquiere pleno sentido tras la semblanza realizada.

Por su parte, docentes primordialmente fueron José Manuel Camacho Padilla (1888–1953) y Manuel Pineda Priego (1952–2021), de cuyas trayectorias vitales se encargan los académicos José María de la Torre García, para el primero, y Aniceto López Fernández y Manuel Blázquez Ruiz, para el segundo.

Precedido por el bosquejo de que fue principalmente el desarrollo de su tesis doctoral la forma en que conoció a Camacho Padilla, José María de la Torre también organiza en cuatro partes su texto sobre su biografiado: mimbres familiares y formación académica; obra; labor en la Academia; y fuentes primarias y secundarias empleadas. Sabemos así de su nacimiento en el seno de una de las principales familias de la localidad granadina de Baza, su decantación por los estudios de Filosofía y Letras. Del ejercicio de su profesión en distintos Institutos de Mahón, Reus, Huelva, Córdoba, Linares, Baeza y Cabra en cuyo prestigioso Instituto «Aguilar y Eslava» terminará su periplo como profesor, aunque, como remarca el autor de esta semblanza, «Córdoba le conquistó para siempre y fue la ciudad donde pasó los mejores días de su vida, porque ni los destinos anteriores ni posteriores al del Instituto de Córdoba le ofrecieron la paz, sosiego y tranquilidad que su espíritu necesitaba», aunque «en todo asiento en que estuvo fue siempre muy querido». De su obra, profesional —didáctica y enseñanza de Lengua y Literatura, investigación y crítica literaria; articulista y conferenciante— y creadora, como autor de teatro, prosa y poesía, aunque algo desfasada «con respecto a los aires estéticos» que ya se producían. Y de sus muchas y solventes participaciones en la Real Academia de Córdoba, que han dejado indeleble memoria.

Lo mismo que puede decirse del también profesor y catedrático de la Universidad de Córdoba —y espejeño de origen— Manuel Pineda Priego. Retrato por sus también académicos, compañeros y, sobre todo, amigos, Aniceto López y Manuel Blázquez, que asumen casi equitativamente —y en líneas generales— la faceta personal, familiar y social, y académica, respectivamente, del biografiado, por ellos conocemos el esfuerzo ímprobo de Manuel para sacar adelante su instrucción primaria, secundaria y universitaria, siempre con denuedo y entrega, en unos años en que mantener la beca, como era su caso, constituía condición indispensable e innegociable para seguir estudiando; su solidez en el campo de la Bioquímica; la ampliación de su formación en el extranjero, en unos años, ciertamente, en que ello era poco usual; su carrera universitaria ya como docente, hasta su culminación académica como Catedrático de Fisiología Vegetal en la Universidad de Córdoba; o su experiencia dilatada y asimismo solvente en la gestión y transferencia universitaria. Faceta esta última en la que profundiza el académico Manuel Blázquez, insistiendo en sus aportaciones como profesor en su campo disciplinar, en sus estancias en el extranjero, en sus publicaciones y proyectos de investigación y en la labor con los estudiantes en el Grado y Postgrado. Y ambos autores, subrayando su faceta como compañero y amigo y el vacío que les ha dejado tan irreparable y pronta pérdida.

Dos son también los académicos que ejercieron la medicina, Jacinto Mañas Rincón (1933-2020) y Antonio Arjona Castro (1938-2013), y, ambos, curiosamente, en la misma especialidad de Pediatría. Del primero resalta quien lo retrata, el académico Antonio Varo Baena, que si bien nacido en Tetuán, la mayor parte de su vida transcurrió en su querida localidad de Montoro, donde ejerce como médico pediatra durante más de cuarenta años; y, sobre todo, que además de la medicina, fue la poesía el interés y la atracción que ocupó lugar preeminente en su itinerario vital; de tal manera que prácticamente todo el texto de Varo se centra en comentar algunos de los poemas de Mañas, con gran frecuencia centrados, dimanados u orientados por la constante de la muerte, que ya prefigura su primer libro, *Poema del Río* —aunque subtulado *Libro del Guadalquivir*—, en el que este médico-poeta, siempre identificado con el río y consciente de un mismo destino, «se enfrenta con la sombría certeza de la muerte». Aunque, a juicio de Varo, es el contraste entre la ausencia y el deseo vital más puro lo que hace de la poesía de Jacinto Mañas una poesía tierna, emotiva, sentimental, en suma, un canto definitivo a la vida; y al amor, un asidero al que asirse en la vida para olvidar la muerte.

Por su parte, los siete epígrafes del denso y extenso texto que Rafael Frochoso Sánchez y María Jesús Viguera Molins dedican al galeno Anto-

nio Arjona retratan un médico vocacional, pero también —y quizás, ante todo— un investigador, un historiador, un enamorado del saber, de la historia, del arte, de Andalucía, en especial en época medieval y contemporánea. Partiendo de recuerdos previos y datos fehacientes, relatan su nacimiento en Priego de Córdoba, aunque siempre sintió especialmente Zuheros, porque ahí vivió su infancia y adolescencia por la profesión de sus padres, y fue su «primer acicate historiador», como indican los autores; su doctorado en Medicina; y sus investigaciones en Historia de la Medicina, donde sobradamente conocidos son sus trabajos sobre la situación sanitaria y socioeconómica de la población cordobesa en el siglo XIX, o la sexualidad en la España musulmana. Pero por lo que afecta a la producción bibliográfica local y regional, singularmente interesantes son las páginas que ponderan su contribución al entramado historiográfico, acopiando buen número de sus muchos testimonios de prólogos y reseñas, organización territorial y toponimia, urbe y territorio cordobés, Medina Azahara, o su labor como académico y en el Instituto de Estudios Califales, que hacen de Arjona buen paradigma del médico humanista.

Finalmente, tres materias disciplinares diferentes son encarnadas, cada una de ellas, por dos académicas en el recuerdo —la literatura y la museística, en sendos casos de Encarnación Aguilar de Rücker (1897-1991), y Ana María Vicent Zaragoza (1923-2010), de cuyas vidas se ocupan las igualmente académicas Marisol Salcedo Morilla y María Dolores Baena Alcántara, respectivamente—, y la milicia, caso de Joaquín Moreno Manzano (1920-2013), biografiado por el asimismo académico Diego Medina Morales, y cuyo denominador común, visto en conjunto, quizás sea la excepcionalidad.

En la primera de las mujeres indicadas, porque practicando un tipo de literatura, en concreto novela, diríase ligera y sin complicaciones o artificios relevantes, si bien, por otro lado, muy del gusto de la época, no era habitual, efectivamente, que una mujer fuera capaz de escribir y de publicar en la España-Córdoba de la postguerra —e incluso de realizar determinadas tareas cotidianas sola y por sí misma, de alguna manera, de romper moldes, aunque también dentro de los cánones sociales que de su clase se esperaban—, como hizo la académica por Córdoba Encarnación Aguilar de Rücker. Es lo que, cobijada en la memoria y recuerdos familiares, pinta Marisol Salcedo en relación a su tía-abuela en un texto directo y concreto en el que repasa sus orígenes, trayectoria vital y, sobre todo, las obras literarias que su parienta dio a las prensas, dando testimonio de cierta singularidad, como indico, en la Córdoba recoleta y bastante tradicional de la posguerra. Se desconoce el motivo por el que no presentó su discurs-

so de entrada, pero Marisol Salcedo reivindica su memoria y su memoria de académica.

A su escala, también la anomalía es el rasgo de la segunda mujer biografiada por la pluma de María Dolores Banea, la académica Ana María Vicent. Pues, formada con gran sacrificio entre su Alcoy natal, Valencia y Madrid, luchadora incansable en varios trabajos para seguir formándose, ganadora por oposición de una plaza en el Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, fue la primera mujer en dirigir el Museo Arqueológico de Córdoba. Y es ello lo que centra realmente este texto, ya que el mismo patentiza, efectivamente, su brega por crear y adecuar el espacio tras el periodo de Samuel de los Santos, por acomodar las distintas áreas museísticas, por crear la biblioteca especializada, o por difundir entre la sociedad cordobesa los inmensos tesoros que albergan el viejo caserón de los Páez de Castillejo, hasta dejar huella imborrable y una obra consolidada cuando, llegado el tiempo de su jubilación, regresó a Madrid, aunque ya con Córdoba para siempre en su mente y en su corazón.

Y, en cierta forma, es también lo singular el rasgo que denota el caso de Joaquín Moreno Manzano, porque, ciertamente, suele ser poco frecuente conjugar la condición de militar, investigador y erudito como aquí sucede. Pacense de nacimiento y cordobés de vocación y adopción, este académico vivió entre «blasones y milicias», como lo califica su biógrafo, el académico Diego Medina. Estructurando su texto en cinco epígrafes, describe las líneas generales de su trayectoria vital, los rasgos de su persona, los mimbres que articularon su carrera militar, su interés por la heráldica y la genealogía. Y, sobre todo, su trayectoria académica y escritos, partes que centradas en repasar sus aportaciones en varias y muy diversas facetas, desde el arte y la arquitectura a la historia y la milicia, pasando por la caza, constituyen las páginas más extensas de este interesante texto.

En definitiva, un volumen más ha cumplido la noble, justa y debida tarea de rendir homenaje, recuerdo y tributo a quienes un día también convivieron en esta docta casa, única manera de poder seguir adelante —conocer cómo y por quiénes hemos llegado hasta aquí—, y de seguir siendo de bien nacidos por ser agradecidos con quienes nos precedieron.